

Madrid 16 Febrero 1913

Año II.—Núm. 9

EL GRAN BUFON



Semanario ilustrado de humorismo.
14, Núñez de Balboa.—Teléfono 3.760.—Apartado de Correos 618.



Llegó la veda.—La última zorra.

Dibujo de Marín.



—¡A ver si ésta me cuesta un mes de cama como la otra!

20 céntimos

EL GRAN BVFON

Semanario ilustrado de humorismo. Diez y seis grandes páginas de texto de los más prestigiosos escritores y dibujos en negro y en color de los mejores artistas.

SALE TODOS LOS DOMINGOS

En los números publicados hasta la fecha han escrito en EL GRAN BVFON Jacinto Benavente, Francisco Villaespesa, Joaquín Dicenta, José Francés, Ceferino Avecilla, «Claudina Regnier», Prudencio Iglesias Hermida, Emilio Carrère, Antonio de Hoyos y Vinent, Manuel Abril, Israel Urdaneta, Julio Carabias, Hernández de Herrera, Goy de Silva, González de Zabala, Gabriel Durenzo, Pablillos de Valladolid, Andrés González Blanco, Diego San José, Prudencio Canitrot, Luis Gabaldón, Carlos Soler, Hernández Luquero, Ricardo Marín, etcétera, y han dibujado Ricardo Marín, José Moya del Pino, «Tito», Félez, Willem-Gullwal, Rullette, Gullbramson, Manchón, Cerezo Vallejo, Barbero, etc.

SUSCRIPCION.....	En España.	Seis meses, 6 pesetas.	Año 10 pesetas
	En Portugal	7 francos.	12 francos
	En el Extranjero	8	15

Las suscripciones han de comenzar en el primer número de cualquier mes y pueden hacerse en nuestras Oficinas directamente y en todas las Agencias y Librerías del mundo. El pago ha de hacerse con la orden de suscripción. Los suscriptores de fuera de Madrid pueden enviarnos el importe de su abono en Giro, Letra, sobre monedero o sellos del correo.

PUBLICIDAD EN "EL GRAN BVFON."

Anuncios en negro y en color según tarifa que enviaremos gratis y franco a cuantos anunciantes lo deseen.

PEQUEÑOS ANUNCIOS ECONÓMICOS

Hasta 15 palabras, 2 pesetas; cada palabra más, 0,10 céntimos. Las abreviaturas y cada cinco cifras se facturan como una palabra.

A cada anuncio ha de unirse 0,10 céntimos sobre su coste neto por el Impuesto de Timbre.

NUMERO CORRIENTE, 20 CENTIMOS; ATRASADO, 50.

DIRECCION Y OFICINAS

Núñez de Balboa, 14.—Madrid.

Apartado de Correos 618.—Teléfono núm. 3.760.



Ricardo León

Los Centauros

¿ Novela ¿

Albarrán H.

De venta en todas las librerías de España y América. Los pedidos de los libreros deben dirigirse a RENACIMIENTO, Sociedad Editorial Anónima, Pontejeos, 3, Madrid.

De mi linterna. El jardín de las hadas.

Es la noche. Las estrellas se han encendido. En la negrura de la tierra se agitan las luces de los coches, parpadean los mecheros de gas, flamen a lo lejos las antorchas.

Va lejos el desfile. Muy allá abajo, entre las calles de la ciudad, hay aún vocerío ronc y gesticulaciones contorsionadas; pero ya los payasos se agitan como muñecos rotos, y una encalmadora pesadez cae sobre los espíritus.

Es la noche que reina. Lo dice un grave nigromante, con gorro puntiagudo, que va recomendando el respeto a la sombra y con doctoral solemnidad marcando las pausas con su dedo índice esquelético y armado en el extremo por una uña de buitre, explica metafísica y nos dice que el alma es mariposa.

Los violines sollozan allá en el restaurant de la plazoleta del Parque vales de ensueño, amor y olvido. Son de lánguida seducción estos vales; convierten el cansancio en dejadez sentimental y se truncan las cabezas con tan coqueta laxitud que los labios se encuentran.

Las mujeres de labios pintados, plumas egregias y gallardas, medias suaves, tersas y blancas, van en compañía de hombres de frac, en busca de las mesitas confidenciales que esperan como palomas, en el esplendor del salón, con la albura de su mantel, sus servilletas, sus parcelanas blancas y sus flores...

Allí es donde se despatarran los caquéxicos aristócratas, en plena berrachera, y donde muestran su elegante *nonchalance les gentlemen* que han contemplado con la impasible frialdad de su manóculo todos los vicios elegantes. Allí es donde las mujeres depravadas y locas echan atrás la frente para que baje el champagne con más facilidad gáznate abajo, y les chorrea el espumoso cáido y dorado por la garganta desnuda y por el escote derrengado.

La Lujuria viste de encajes caros y pedrería; el Hastío viste de frac.

¡Estaba el marido!



—Inconvenientes de venir sin perro a cazar en vedado. Salta la pieza sin darse cuenta.



Y entre las luces y el lujo y el turbillonear de músicas y danzas y colores, el frenesí agita sus cascabeles de locura en los grandes salones donde se ha conservado la vida artificial.

Pero afuera, en el Parque, está la noche... Lejos del bullicio del restaurant, donde apenas llega, lánguidamente, la cadencia de los violines, hay un lago, donde caen gotas de agua, cristalinas y musicales como notas de harpa, y hay unos tilos donde duerme el ruiseñor. Y, cuando todo es calma, se oye un zumbido leve y cruza por los aires la Reina Mab, fosforescente, rubia, toda ella alumbrada con gusanos de luz, con sus alas de pétalo de rosa, en su carroza de avellana, tirada por avispa y libélulas y perfumada con esencia sutil de «no me olvides».

Boga inmóvil un cisne sobre el espejo de las aguas y una piragua de marfil corta el cristal con un silbido; en la acróstola que se curva con esbeltez, un gondolero, á la espalda el latido, manda al cielo el suspiro de su corazón con un gesto.

En la loma de un altozano despejado, cubierto el suelo de florecillas candidas y dormidas, se destaca sobre el fondo claro del espacio lunar, la figura recortada de un virtuoso de cabellera lacia, que desmayada la cabeza sobre el violín, curvando el brazo al agitar el arco y meliendo su cuerpo á compás, como un juncó, se derrite en una melodía sentimental.

La melodía no se oye, pero ¡ay!, que sólo verie en éxtasis hace elevar los ojos á los enamorados.

En el silencio se oye la melodía de la noche. La fantasía se ha hecho eternidad. Y como en ensueño, pasa todo.

Un cortejo de hadas-ángeles cruzan llevando en un lecho de manos entretejidas á la Bella durmiente; unos pajecillos tocan pianísimo para arrullarla en su sueño, cítaras, liras, hierrecillos y campanillas de oro y plata, al tiempo que unas claras muchachas, sin apenas pisar, van trenzando en corro á su alrededor con los índices sobre el labio una danza alada y armoniosa.

Y pasan unos mandarines, vestidos con telas brillantes y riquísimas; y pasa entre ellos una musmé, frágil, pálida—una cigüeña vuela al fondo—y al aire blando que su abanico mueve caen sobre el palanquín flores de almendro. Pasan también, después, orientales llevando telas, joyas, maderas olorosas y humos aromáticos; rodean á un hombre que va egregiamente cubierto con un brocado de damasco: es Aladino, y á la luz misérrima de una lámpara que sostiene en la mano se ve la túnica bordada: sobre el negro del fondo cacatúas verde, metálico, y mariposas de oro...

Cada vez escasean más los transeúntes... Va todo quedándose en silencio, recogido y confidencial. Se oye el glu-glu de algunas botellas de champaña que se vacían, solas; se oyen suspiros, besos...

Algún hombre de etiqueta pasa aún ciñendo el talle y valsando por dar más ligero compás al amor, con una compañera que, sin dejar de bailar, desplegando en las

vueltras el mantón de Manila, echa su sien sobre el hombro del compañero y le ofrece los labios... Van troncados de dejadez sentimental, y al vaisar parece que patinan.

Entra la luna entre las ramas. Por los hilos que las arañas tienden en su tejer de plata camina presumiendo de equilibrio *El indiferente*, de Watteau.

Siguen cayendo, a intervalos, gotas de musicalidad sobre el cristal de la laguna, lentas, solas; marcando las horas de la noche con gotear de perlas.

Nadie...

Allá, á las tantas, á lo lejos, ha pasado Pierrot...

Un poeta borracho se ha tumbado en el césped; despierta al ruiseñor, se encara con el ruiseñor:

—Dí, ruiseñor, ¿es que la dicha existe?...

Pierrot y la Luna.

Cuando la noche va vencida y todo se ha quedado ahito, sucio, inmóvil y desierto; cuando en la sombra densa y yerta—apagados ya los faroles—sopla un viento destemplado y siniestro; por una calle de arrabal, con salida á descampados calvos y estériles, llena de charcos y perros muertos, va Pierrot.

La calle tiene una tapia interminable y horrida; es una calle toda ella llena de tapias ó tachadas traseras de hospital, cuartel, presidio ó manicomio—de cuartel, sí, ó de cárcel, sin duda, porque allá al final ha visto Pierrot el relámpago trío de la bayoneta del centinela...

Pierrot va pegado á la tapia, como huyendo, como quien quiere enterrar un tesoro.

Tiene cincuenta y tres años ya... Duerme con ladrones; debe en treinta tabernas y padece de tos.

Sigue avanzando, cauteloso. ¿Dónde va? Siente un tirón en la blusa, que con el viento se revuela y se agita, agorera, y le hiela el espanto, porque ni siquiera se atreve á mirar para cerciorarse de si se ha enganchado en la tapia, si es alguna ramera que le llama ó es la Guardia civil que le detiene creyéndole fantasma.

La luna asoma por la tapia, tan cerca del mundo que le asusta. Es matálica, fría, recortada, sin halo; tiene la lividez de la miseria, está anémica, es ebria y depravada. Pierrot se para y la contempla; él cree que la luna aquella está sifilítica, y que se ha puesto así, tan espectral, de alumbiar cementerios; pero no: es que hace falta que sea tal para que el alma de Pierrot la vea aparecer grande y livida, por encima del muro del cuartel, y en su amarillo se recorte un gato maullador, enarcado el espinazo y electrizado el pelo.

La luna de plata, muy en lo alto, llena de telas de luz; la que se le metió en el alma cuando perdonó á su esposa Colombina, murió como una cursi, ya pasada de moda.

La luna se volvió astuta y traicionera la noche aquella en que le amedrentó alargando su sombra por la nieve cuando iba á matar á Arlequín con un cuchillo encrime de cocina.

Esta luna es histérica. Es la que sólo da sombra en las tapias del crimen, en los aleros de las casas, en las esquinas donde acechan las prostitutas y en donde hay un farol patibulario que agoniza...

Pierrot se para y habla:

—¡Eh, tú, centinela!... ¡Eh!... Oye, tú, centinela: ¿Dios ha probado los labios encendidos de Colombina? ¿Tú qué crees?... Porque, fíjate, oye... ¡Lógica! ¡Argumenta! Si no les ha probado, Dios no conoce todo, y si les ha probado... ¿eh? ¿Qué te parece?... Voy al cementerio, al baile... Se abre un establecimiento y hay murga... Oye... ¿Has visto pasar á Colombina?... ¿Tú qué crees?...

Manuel Abril.

La reliquia.



DOÑA CARMEN, al entrar en su casa aquella noche, encontró que su marido no venía como otras veces. Leíase en su mirada una satisfacción íntima y voluptuosa. Su ropa no desprendía olor á tabaco fuerte, sino un leve vaho perverso de cigarrillo turco. Además, parecía distraído, como si estuviera muy lejos de allí, y contestaba maquinalmente á sus preguntas, el pensamiento puesto en otra parte, recordando algo muy dulce, muy exquisito.

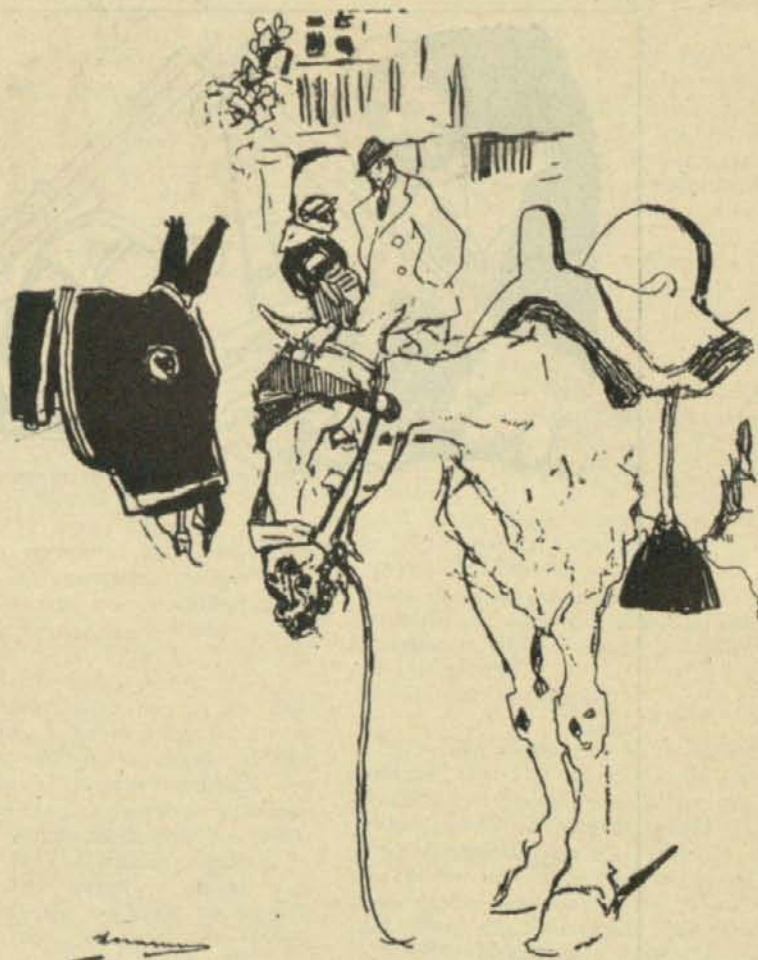
Indudablemente, Pepe no volvía del Casino. ¿Había caído en las redes de aquella *cocotte* estrepitosa, cargada de pinturas y perfumes que traía revuelto á medio Rodaleda? ¿Sería posible que su marido, vicepresidente de la Sociedad Protectora de Obreros católicos, modelo de esposos y amante del hogar como ninguno, hubiese olvidado hasta ese punto sus deberes?

Con pequeñas variantes iba repitiéndose lo mismo todas las tardes. Aquello no era buena señal. Y un día, por fin, doña Carmen vió confirmadas sus terribles sospechas. La maldita francesa tenía la culpa. Su Pepe, ¡el pobre!, no había podido resistir los halagos de la pérfida.

La avergonzada señora resolvió pedir consejo al P. Hirschfeld, famoso jesuita, á la sazón en boga, gran concededor del mundo de los hombres y... aun de las mujeres, pues él mismo, según se complacía en referir en las tertulias femeninas de Rodaleda, había sido protagonista de más de un sucedido galante antes de su vuelta á la buena senda, seguida de su ingreso en la Compañía de Jesús. A él acudió doña Carmen, y hay que decir que, al principio, se vió un tanto defraudada, pues nada de lo que la aconsejaba el buen padre lo creía ella de fácil práctica. Ni dispensándola expresamente el pecado de vanidad que suponía el empleo de afeites y perfumes, sería capaz de utilizar esos medios perversos para retener á su marido. ¿Ni cómo había de lograr promover en su esposo—ella, que ya pasaba de los cuarenta—otra cosa que una sonrisa benévola, tal vez irónica, ante el espectáculo de un rejuvenecimiento artificial, provocado en abierro desacuerdo con lo que realmente podía ofrecerle.

Ella no haría eso. Que no se cansase el padre. Ni aun con buenos fines podría llegar á parecerse á la otra.

El jesuita comprendió que se las había con una pobre mujer, representante del «tipo medio» de las señoras de Rodaleda, y cambió el rumbo de su charla, levantándose y dirigiéndose á un armario del aposento, en donde se puso á buscar cierta milagrosa reliquia que habría de servir maravillosamente á los fines de doña Carmen. Dio con ella, y mostrándosela, dijo: «Esto, hija mía, es un guardapelo con cabello de Santa Eleuteria. La santa, que, en el mundo, vióse en un trance análogo al que ahora pasas tú, consiguió—favor del cielo—que su esposo rectificara sus torcidos pasos, y en agradecimiento sacrificó su espléndida



El corcel.—¿Cómo has descendido!

El penco (que ha leído á los filósofos).—Fui lo que eres; serás lo que soy. Y todo por animal.

cabellera, la cual se encuentra distribuida en muchos puntos; pero á pesar de tratarse de una lozana mata de pelo y de ser muy chicos los diversos trozos, no está, ni con mucho, tan extendida como lo está la tentación á contravenir el noveno de los Mandamientos. La casualidad ha hecho que posea yo una de estas reliquias, y que seas tú, humilde sierva del Señor, quien venga á pedirme consejo en un trance análogo al de Santa Eleuteria. Tómalo, hija mía, que tu marido lo lleve colgado al cuello, y pronto habrás de convencerte de su eficacia.»

Doña Carmen, entre mimos y halagos, consiguió vencer la resistencia de su marido, y no sé con qué pretexto logró colgarle el guardapelo.

En un hotelito de las afueras, y asomada á un balcón que daba al campo, estaba aquella misma tarde la opulenta Mimí. Y á su lado el marido infiel, gozándose de aquella hermosa tarde de Mayo. El aire era suave y tibio, cargado de aromas, y Mimí llevaba un sugestivo *saut de lit* que la hacía doblemente apetitosa. El mismo, olvidando toda circunspección—que tampoco era necesaria en aquellos instantes—estaba en cuerpo de camisa y llevaba desabrochada la pechera.

—¿Qué llevas ahí?—le dijo ella de pronto.

Y tomando entre sus manos el lindo guardapelo, le abrió, cuando un inoportuno soplo de viento hizo volar la capilar reliquia.

Mimí no podía contener la risa ante los lamentos de «son viseux petit». ¿De verdad era un recuerdo de familia? ¿Tanto había de disgustarse su mujer al notar vacío el guardapelo? Que no se apurase por tan poco. Ella lo arreglaría de nuevo.

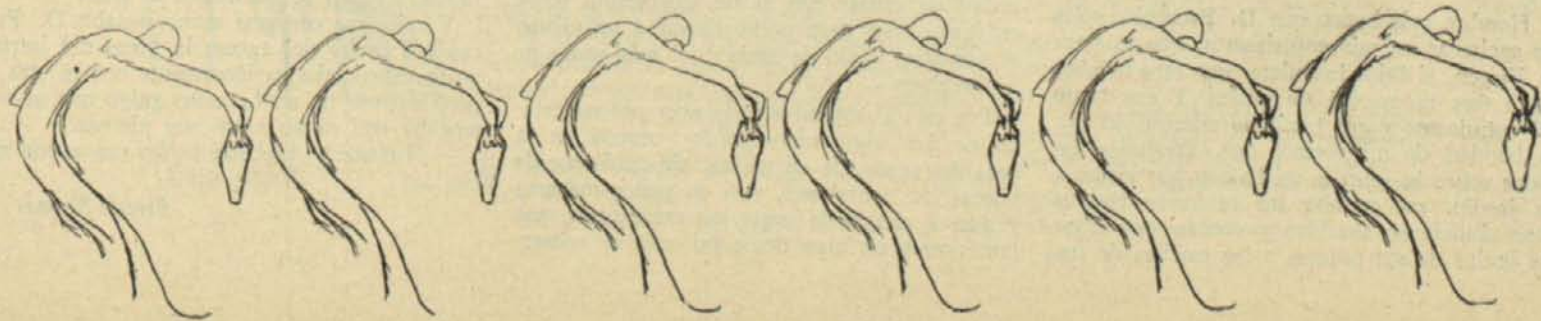
Y encerrándose en el *boudoir* contiguo se oyó un crujir de sedas, y luego, una tijeras. ¡Rrrris...! Al poco, Mimí apareció triunfante en la puerta, y colgando de nuevo el guardapelo al atribulado marido, ahogó sus protestas con un dulce aluvión de besos y caricias.

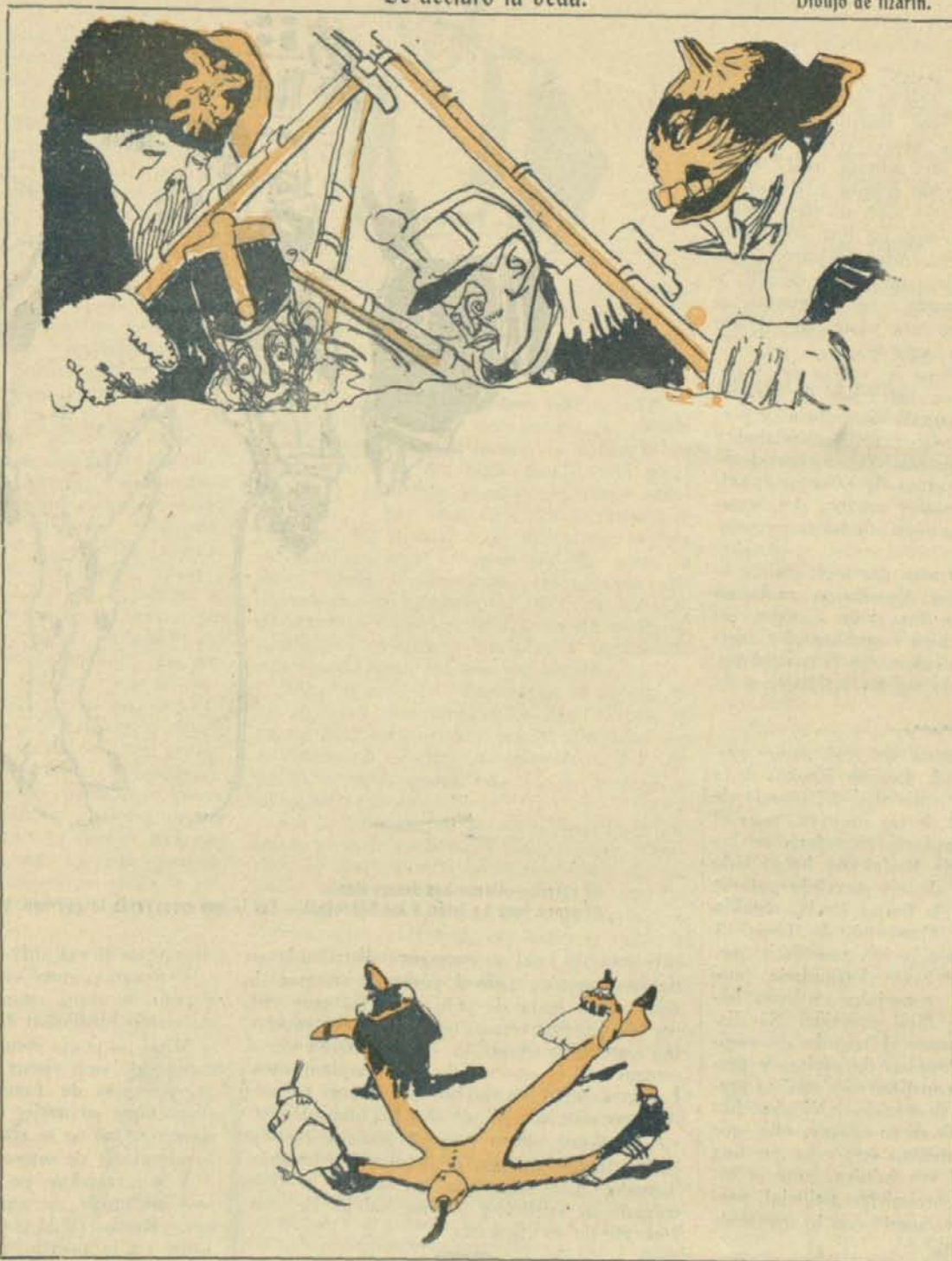
A la mañana siguiente despertó doña Carmen antes que su esposo. Incorporándose en el lecho púsose á contemplarle, y tomando luego la reliquia la estuvo observando atentamente.

¿Qué era aquello? ¡Cielos! ¿Qué combate no habría librado en su Pepe el espíritu puro con la grosera materia? ¿Qué energía al rechazar la tentación! ¿Era un milagro? ¡Santa Eleuteria!

El cabello aquel ¡¡estaba rizado!!

Max.





Las Potencias.—¡A nosotros, ¡plim! Con veda y sin veda cazamos á la espera y con reclamo.

Protectores de animales.



hace cosa de pocos días me hubieran venido con el cuento de que el mismo Santánas en persona había bajado á por el alma de mi vecino D. Procopio, aunque no soy hombre que se jacte de valeroso ni descreído, sin vacilar me hubiera largado, escaleras abajo firmemente resuelto á disputarle al cornudo ángel lo que yo consideraba de legítima pertenencia del Señor.

Hombre más bueno que D. Procopio, solía yo exclamar en mis entusiasmos, que lo para la Virgen, si Dios lo quiere, que otro hombre como éste no nacerá de mujer. Y era tanto mi entusiasmo y era tanta mi admiración por la bondad de mi vecino, que, apoyados los codos sobre la reja de mi balcón con vistas á su jardín, me pasaba las mañanas enteras observándole en sus idas y venidas por entre las jaulas de sus pájaros y las casillas de sus

perros, únicos afectos, al parecer, del alma de mi excelente vecino.

¡Lo que quería á sus bichos el hombre aquel!... ¡La inmensa cantidad de animales de todas clases que llenaban su casa!... Aquello era, ni más ni menos, que un Arca de Noé. Perros, gatos, lobos, palomas, monos, en fin, toda una fauna, de la que mi vecino había hecho su familia y en la que invertía todo el enorme tesoro de afectos y ternuras de su corazón.

¡Qué alma!, me decía yo, apostado en mi observatorio, ¡qué alma!, y me pasaba las horas y las horas esperando ansioso la oportunidad de cruzar con él un dialoguillo sobre cualquier cosa para poder darme á mí mismo el pomposo título de amigo del más santo de los hombres.

Por eso, al ser informado ayer por mi criada de que algo «muy gordo» ocurría en la casa del santo, de mi vecino, sin cuidarme de buscar los pantalones, casi en paños menores y aun á riesgo de coger un constipado, me lancé como un rayo desde mi casa al «obser-

vatorio», deseoso de saber lo que ocurría al santo protector de animales, ídolo de mi admiración.

El escándalo parecía mayúsculo; unos veinte curiosos habían invadido la casa, muy á pesar de otros tantos guardias, y formaban corro alrededor de D. Procopio, que apretaba furiosamente el brazo de un golfillo como de diez años, mientras inquiría un agente la versión exacta de aquel soñado suceso.

—Se ha introducido en mi jardín—rugía furibundo el bueno de mi vecino—. ¡Y ha pasado la noche en la casilla de mi Top! ¡Con razón aulló hasta la madrugada el infeliz animalito! ¡Casi se me muere de frío!

Y mientras con una mano pasaba D. Procopio á poder del agente la presa del intruso golfo, acariciaba cariñosamente con la otra la piel lustrosa de un hermoso galgo que se retregaba con mimo entre sus piernas.

—¡Infame! ¡Haberle hecho pasar una noche así!

Ernesto Herrera.



Lina Saadi.



ESTA esbelta muchacha, de perfil de medalla, de grandes ojos risueños y de cabellos extraordinarios, es en mi sentir la española que más honra á España en París. Porque españolas bellas de las que cantan, de las que bailan y de las que no hacen nada, las hay, corriendo por el mundo entero desde tiempos inmemoriales. Pero una española que fuese profesionalmente un modelo de las más refinadas elegancias, todavía no se había visto en Francia. Y es Lina Saadi.

¡Lina Saadi! Am me acuerdo de la sorpresa que sentí el primer día que tuve ocasión de verla en el ejercicio de su gentil sacerdocio. Era en casa de Marthe Wingrove, la gran artista en trajes, la maga creadora de poemas de encajes y de tules. Yo acompañaba á una actriz parisina que quería escoger entre los nuevos modelos algo que se saliese de la gracia corriente de la rue de la Paix.

—Estoy cansada de los Doucet, de los Paquin, de los Redfern—había dicho.

El autor de «Amorosa», que es un gran «amateur» de trajes, le había indicado la casa discreta de la rue Aubert, en donde Marthe Wingrove combina las túnicas modernas con el mismo amor con que los maestros anónimos de Tanagra y de Mirena modelaban los himationes arcaicos de sus frágiles figulinas.

—Quiero—dijo mi amiga—, quiero algo muy vaporoso, algo que sea como un vestido de hada, algo que me dé un aspecto de sirena.

—En ese caso—murmuró Marthe Wingrove—va usted á ver á la andaluza.

Y apareció, sonriente, ondulante, la linda Lina. En otro sitio yo la habría tomado por una princesa escapada de una acuarela de Gustave Moreau ó de un ensueño de Jean Lorrain. Sus grandes ojos claros miraban sin ver como los de las estatuas. En sus labios una sonrisa misteriosa con algo de ternura y algo de voluptuosidad y algo también de melancolía, parecía eternizarse. La madeja negra de su pelo formaba un marco de ébano á su rostro pálido de máfil. Era, realmente, una silueta de ensueño. Y para aumentar la impresión de lo irreal, en vez de andar, resbalaba, sí, resbalaba rítmica y lenta, por la alfombra clara, sin parecer siquiera darse cuenta de que alguien la veía, de que estaba en el mundo.

La actriz murmuró:

—En un teatro esta mujer tendría un triunfo con sólo andar así, sin hablar.

Yo pensé:

—Extraña española que viene á dar lecciones de elegancia á la capital de las elegancias.

—¿Es usted realmente andaluza?—preguntéle.

—Andaluza y de Sevilla—contestóme con el más puro acento de la tierra.

—¿Y cómo está usted por aquí?

Su única respuesta fué un largo silencio, un silencio enigmático en el que yo creí adivinar fugas galantes, penas secretas, abandonos lejanos de alguna familia noble. Porque aquella mujer no salía del pueblo, no, sino de la aristocracia. Era, sin duda una marquesita que había querido saborear el áspero gusto de la libertad y que, una noche de locura, había abierto la alta cancela histórica para correr con sus pies menudos por el mundo.

Cuando salimos mi amiga y yo no habíamos sino de ella.

—Es singular—díjome la actriz—que esta

muchacha que podría llamar la atención en un teatro y ser artista esté ahí.

—Ahí es más artista—contestéle.

¿Qué mayor arte, en efecto, que el de realizar á cada instante el milagro de la belleza refinada? Las «maniquis» son, en este París de todas las fantasías y de todas las invenciones, las que menos lejos se hallan de encarnar el ideal helénico de la armonía por la armonía, de la gracia por la gracia, de la seducción por la seducción. Los «amateurs» refinados que escogen en el gran jardín de la vida á sus amadas como rosas que no tienen más misión que la de embriagarles, muestran por estremo una preferencia explicable. Decid «una maniqui» en un baile ó en un paseo, señalando á una mujer que pasa, y todas las miradas inteligentes se tornarán hacia ella con interés. La «maniqui» es la estatua viva, la imagen palpitante de un ideal soñado, la verbal de un fuego eterno de belleza impecable. Ser «maniqui» es pertenecer á una raza superior. Y sólo así se explica que entre las damas suntuosas, que nunca censuran que fueran floristas ó modistas antes de ser reitas de la elegancia, las haya muy á menudo que dicen con orgullo:

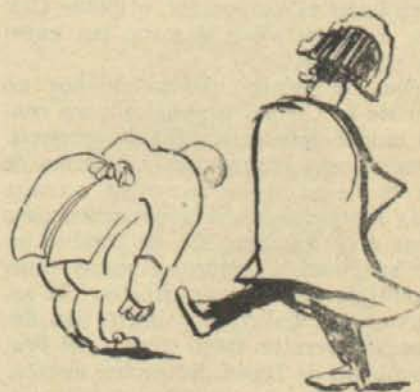
—Yo fui «maniqui».

París, que admira con ternura á estas lindas muñecas, tiene la convicción de que son un producto tan típico de su suelo, que ninguna ciudad puede producir las iguales. Una gran actriz extranjera, una maravillosa bailarina de otra parte, una divina cortesana de por último, eso se comprende, eso se ve todos los días. Pero una «maniqui» que no haya nacido entre Montmartre y Montparnesse, eso no, nunca.

Y así Lina Saadi, la esbelta andaluza del perfil de medalla, de los grandes ojos risueños y de la negra cabellera extraordinaria, es, en la capital del mundo, una excepción que sorprende á Francia y que honra á España.

E. Gómez Carrillo

Dibujo de Marín



Por la conquista.

España de la inclita leyenda, en cuya preza el paladín sonoro campea con heráldico decoro ya en la hazaña lo mismo que en la ofrenda.

Vientre fecundo, España, del tesoro de un mundo, ¡si hoy del orbe—por la senda brava de tu aventura y la contienda y tu aión de epopeya y sangre y oro—la conquista ha calzado tu coturno, España de aquel cielo que, nocturno, jamás vieron las huestes del pasado:

ve, pues, aventurera hacia el molino; pero el clásico yelmo de Mambrino clava en la torre del acorazado,



BERNANDO I el Católico se ufana gloriosamente de haber engañado más de tres veces al Monarca francés. Y esto nos da derecho á pensar muy pobremente de la caballerosidad de un Rey.

Realmente, la poesía de los Tronos es esa, la poesía bárbara de la caballerosidad. Si un Rey no es caballero, ¿qué puede ser? Todos comprendemos sin esfuerzo la espiritualidad negativa de un Monarca; pero ¿cómo hemos de comprender, por ejemplo, su ingratitud ó su avaricia?

Los Reyes y los toreros tienen la representación viva de la bella barbarie de otras edades. El torero moderno es por su aspecto externo, casi un *gentleman*; pero en el fondo guarda inmovibles las grandes cualidades del guerrero medioeval. Es bravo, generoso, impulsivo, caballeresco, pero es también bruto hasta lo inconmensurable. Yo me explico un Rey ó un torero que no sepan leer, pero no me he formado todavía idea de cómo debe ser un torero ó un Rey que falten á su palabra.

Hay quien habla del Emperador Guillermo de Alemania con trémolos de admiración en la voz. Después de oír hablar del Emperador á uno de sus creyentes, por muy firme que sea nuestra voluntad, llegamos á dudar si el actual Emperador germánico podría posar su mano protectora sobre el hombro derecho de Carlo-Magno. Y no falta quien crea que si tal pudiera hacer el Emperador, el pobre Carlo-Magno, al sentir sobre sí mano tan impetuosa, se agacharía.

Realmente, el primer alemán de hoy no necesitaba de la Corona germánica para ocupar en el mundo, por sus cualidades personales, un puesto muy distinguido. Guillermo de Alemania es de todos los monarcas actuales el que más fantásticas condiciones reúne para impresionar á los pueblos. Es un hombre inteligente, imaginativo, verboso; reúne otras altas y múltiples facetas espirituales. Su aspecto externo es caballeroso y bravo, sin llegar á aquella fiereza un tanto cómica del simpático Humberto de Italia. Su pecho, amplio, sus bigotes erizados, la alta frente y la mirada segura y viril, parecen el reflejo plástico de su nobleza. Y este Emperador que sabe positivamente el partido que puede sacar de su figura, se exhibe cuanto puede, prefiriendo, claro es, aquellos espectáculos que por su teatralismo están más en consonancia con su persona.

No quiero yo decir con esto que Guillermo II parezca á ratos un Emperador de ópera. No. Quiero decir que el gran alemán quizá haya nacido, más que para Emperador para barítono, por ejemplo.

Si Guillermo II hubiese sido barítono no se quedaría nunca—verbi gratia—en la maestría de Ramón Blanchard; constituiría una amenaza mortal para Straciarí. Pero yo tengo mis razones para tranquilizar á los pobres bohemios que en la célebre galería de Flo-

rencia esperan, confiados en sus gargantas, la hora de la celebridad. El Emperador Guillermo pinta, escribe, pronuncia discursos, hace otra porción de cosas, y todas las hace bien, pero, por ahora, no puede dedicarse á la escena. Renazca, pues, la tranquilidad; no hay competencia.

Que el pueblo alemán ama ciegamente á su Emperador no es una revelación. Esos sabios ingenieros y comisionistas germánicos, lo mismo en los momentos de serenidad que cuando se hallan ofuscados por la cerveza brindan á la salud del kaiser, y entonan en su honor cantos que, por su gravedad, parecen gregorianos.

El amor que los alemanes sienten por Guillermo II es completamente infantil. Entra en él, por mucho, la figura severamente fastuosa del ídolo. Si Guillermo tuviera la arquitectura imponente de su padre, el amor de Alemania tomaría las proporciones de una alarmante locura. En cambio, suponed cómo descendería el índice termométrico del patriotismo alemán si el kaiser se minusculara físicamente hasta tomar la apariencia—por ejemplo—del caballero español falsificado y avalorado por una espiritual sonrisa florentina, Jacinto Benavente.

Esto que acabo de decir marca el grado de infantilismo del espíritu alemán.

El hombre germánico reúne todas las buenas y malas cualidades de los niños. El número de alemanes que mueren de viejos sin haber llegado intelectualmente á la pubertad es infinito. El alemán es ingenuo y egoísta como un niño, y como él también siente una tendencia sorda hacia la crueldad.

La crueldad alemana se manifiesta solamente en los aspectos minúsculos de la vida. Un alemán es incapaz de convertirse en un gran asesino; pero en cambio, la vida de un alemán se halla tejida de esas pequeñas crueldades que fatalmente van dejando tras sí los hombres pacíficos y egoístas. Un hombre germánico llega á estas tierras de sol—Italia ó España—y para aprender el idioma nacional comienza por buscar una novia del país. Así que la dulce napolitana ó la española le dan la lengua, el alemán la abandona. Y luego, cuando al cabo de los años el alemán recuerda los tiempos de expatriación, discurre con más claridad sobre las cualidades pedagógicas de aquella niña que sobre su grupa, por ejemplo. Esto nos señala el aspecto eminentemente práctico de la Alemania de hoy. Si así son de egoístas los alemanes un poco aventureros que abandonan su tierra por conocer las ajenas, ¿cómo serán los otros más comodones que se quedan en casa?

Alemania es un vastísimo cuartel en el cual solamente hacen algo digno de respeto los que se rebelan contra el ambiente nacional.

El Ejército germánico tan teatral y tan serio me es especialmente antipático. El militarismo japonés me hace pensar en una barbarie razonada. El militarismo alemán toma las proporciones de una alta comedia en cuya

representación se gastan las más valiosas energías nacionales.

Ningún hombre de sentimiento puede amar á Alemania. Esa tierra de militares, de ingenieros, de comisionistas, inspira mucho recelo.

Hoy el libro nacional no es la obra de un poeta. El libro de rezos de la Alemania de hoy es un muestrario.

P. Iglesias Hermida.

Las derrotas de D. Juan.

Vos quejáis, Don Juan Manuel, de que siendo un rico hidalgo que, ni en oro ni en blasones, tenéis quien vos salga al paso, no haya unas faldillas locas ni un guarda-infante de rango que se vos prenda en las guardas del estoque, al ir de paso... Mirad que aquesto, es achaque de los años.

Fuerais quien dicen que fuisteis cuando corríais los campos de la mocedad florida erguido, recio y bizarro; con los músculos de acero, de plata y oro las manos, y no hallaríais virtud que no vos cortara el paso.

Tuvierais los ojos limpios; el cuerpo nada encorvado; no vos fuera la nariz cantarillo rezumado; tuvierais más de dos dientes y los bigotes, si blancos, no una guía para el suelo y otra para los espacios; no rastrearais los pies ni regoldarais hablando, y, aun Macías junto á vos, hubiera de andar con paso.

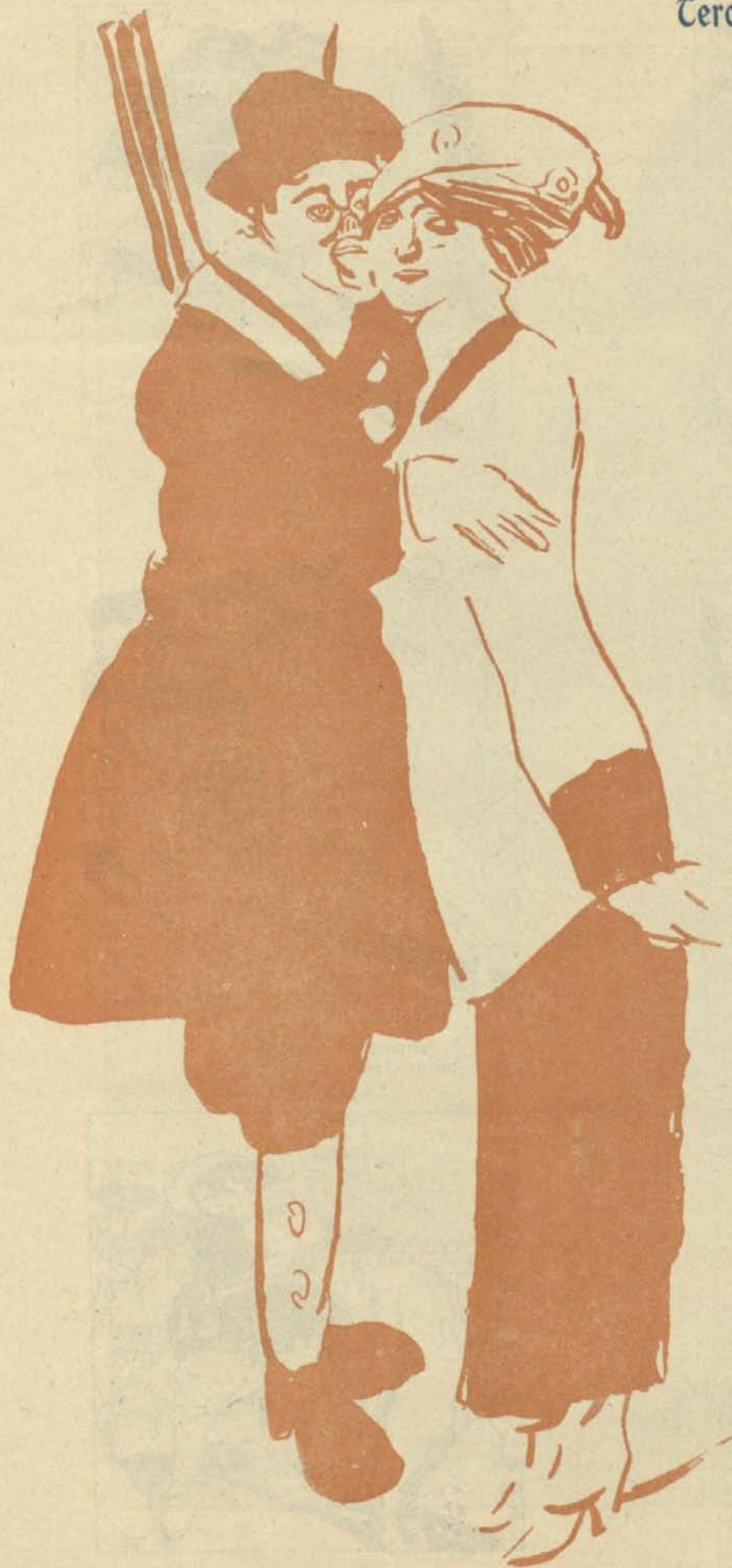
Si el amor vos pone de oro las saetillas y el arco y no cura de poneros el pulso antes de la mano, al tirar, lo haréis á ciegas y si vos cae algún pájaro, alondra será que acuda á los reflejos dorados. Y como no viene herida, apenas goce los rayos que arco y saetas despiden, ha de tornarse volando. No miréis, ¡por vuestra vida!, de aqueste trance libraros, que no curan los achaques de los años.

Diego San José.



Terceto.

Dibujo de Marín.



El marido. — ¡Albricias, chiquita! Empezó la veda y ya me tendrás siempre contigo.
¡Qué felicidad!
La mujer. — ¡Naturalmente!
El perro. — No pensará lo mismo el "otro".



La verdad desnuda.

Es una historia inmoral
que no está bien ni está mal.



1
Van don Mendo y doña Menda.
De caza por una senda.



4
Ladra el can: «¡pleza á la vista!»
y todos siguen la pista.



2
Al salir de selva umbría
le dan suelta á la jauría.



5
Prorrumpen en maldiciones
viendo al perro con calzones.



3
De doña Menda el galán
se baña con «loco afán» (1).

(1) De José Jackson Veyan.



6
Queda el galán sorprendido,
queda asombrado el marido;
vé doña Menda su yerro
y está en el secreto el perro.

¡Guau guau!

Diana cazadora.

Dibujo de Marfn.



—Al principio, con liga, después con reclamo y ahora á la espera...

Renglones de una excéntrica.



NOCHE he hecho las paces con Retana.

Fué después de cenar. Estaba yo sola en un gabinete, escribiendo un artículo demostrando que más de la mitad de las once mil vírgenes, eran sólo *demí-virges*, cuando la suavidad de unas manos acariciando mis melenas me obligó á suspender mi interesante trabajo.

Rápidamente me volví creyendo que mi Lohengrin había llegado, y cuál no sería mi sorpresa al encontrar á Alvaro frente á mí, modelado por un traje azul marino que afinaba más aún su frágil silueta de colegial acentuada por la enorme corbata roja flotante, con los ojos brillantes y felinos bajo sus negros cabellos en desorden y con una sonrisa triunfal en los labios, como si viniese de cenar con Emérita Esparza.

Viéndole junto á mí olvidé en un momento todo cuanto ha motivado nuestra separación, y no atreviéndome á rechazar las manos que me ofrecía—aquellas manos que por lo pronto me habían pellizcado en la nuca—las estreché entre las mías lealmente, como en aquellos días lejanos en que le amaba con un amor confuso y asombrado, sin coquetería y sin astucia.

—Mira, Claudina—fueron sus primeras palabras—. Es preciso que olvidemos todo lo que ha pasado entre nosotros y que te hace á tí decir tonterías en EL GRAN BUFÓN, y á mí ponerte como unos zorros donde quiera que se te nombre. Aunque lo parezcamos no somos niños de diez y siete años, cuyas discórdias sólo sirven para divertir al público. La formalidad, cuando se han cumplido diez y nueve años, se impone.

Yo asentí con la cabeza y él, sin soltar mis manos, que retení amicalmente, prosiguió:

—Ahora voy á publicar mi primer libro *Rosas de juventud*, que nadie mejor que tú puede prologar. ¿Quieres ponerme unos renglones contando al público algo nuevo y divertido?

Yo le miré con firmeza respondiendo afirmativamente con los ojos, y él, acercándose á su pecho, como á una hija rebelde á quien se perdona por exceso de cariño, me besó en la frente.

—Ya presumía yo que la loca Claudina entraría en razón!—exclamó soltándose y sacando del bolsillo de la americana unas galletas. Aquí tienes *Rosas de juventud*, que sólo aguarda tu prólogo para salir á la calle.

Después, sentándose frente á mí preguntó alegremente:

—¿Y de amores, qué tal, muñeca? ¿Cuántos novios tienes?

Yo bajé los ojos, enrojecida, sin atreverme á confesar que á pesar de lo mucho que he jurado aborrecerle, su recuerdo me había impedido empezar otros idilios, y él, adivinándome todavía amado, con esa crueldad de los hombres que nos hace adorarlos más, exclamó jugueteando con la sortija de apache que yo le regalé:

—Mal, por lo visto, ¿eh? No te sucede lo que á mí. ¿Si vieras qué novia tengo, más bonita! Ojos azules más hermosos que los suyos no has soñado en tu vida. Son dos zafiros que parecen encerrar el azul de las noches de Ceylán. Ellos son el sortilegio que tiene mi alma encadenada...

Sin quererlo, me estremecí ligeramente. Acostumbrada á oírle elogiar mis pupilas de esmeralda, alegres y sonrientes como las olas del mar, sus frases me herían como puñaladas. El, no comprendiéndolo, ó bañándose con voluptuosidad en mi suplicio, reía, reía, continuando luego:

—Esta ha sido mi primera pasión y será la única, porque lo que tuve contigo fué realmente un *flirt* sin importancia. Sólo ha batido para mí el amor sus alas, al conjuro de los ojos azules, ojos de ensueño y de misterio á la par...

Yo, á esto, ya no me pude contener, y clavando en él mis miradas airadamente, dije en son de reproche:

—Pero dime ¿has venido á pedirme que prologue tu libro ó á atormentarme con tu dicha?

—¿Qué cosas tienes, Claudina!—protestó Alvaro—. Si te hablo con vehemencia de los ojos que adoro es porque todo cuanto había entre nosotros ha concluido. Ya no somos sino dos buenos amigos. Dos excelentes camaradas. A mí no me enojaría que me hablares de tu novio...

(Infame, ¿Cómo sabe que no lo tengo!)

—Para lo sucesivo—añadió—tú no debes ver en mí sino un hermano. Estaremos el uno junto al otro, como si hubiésemos venido de París en el mismo departamento... En fin, ya hablaremos más despacio de nuestra conducta para lo porvenir. Me marcho porque es tarde. Voy á despedirme de tu tía, que está en el sillón jugando con Fernando Santisteban al ajedrez, y mañana volveré. Aun tengo que ir á charlar un rato con mi novia. Adiós...

Viéndole partir mi corazón despertó totalmente, y comprendiendo que le amaba más que nunca, le supliqué:

—Pero... ¿te vas tan pronto? ¿No quieres aguardarte siquiera cinco minutos?

—Voy á llegar tarde á casa de mi novia—replicó adelantándose hacia la puerta—. Ya volveré... ya volveré...

Y salió.

Y al ver tras los cristales de mi balcón perderse su figura como un fantasma entre las sombras de la noche, tuve que hacer heroicos esfuerzos para contener el llanto. Pensaba que ha habido una época en que era mío, mío, mío, y una mirada de mis ojos bastaba á detenerle; en los disgustos que le he acarreado y que no fueron suficientes á separarnos, y en los besos furtivos cambiados en los crepúsculos malvas del otoño tras los resacaes del jardín, y recordando todo aquel bello pasado que mi inconsciencia destruyó, las lágrimas afluan á mi rostro, y una horrible melancolía me hacía desfallecer.

Me parecía que algo de mi propio ser me abandonaba, y en mi desesperación al arrojarle sobre el lecho como un cuerpo muerto, lloré amargamente la felicidad perdida por mi propia culpa.

¿Qué fantástico me ha salido este artículo! Rediez!

Claudina Regnier.



La noche trágica.

Inesperadamente, Ceferino R. Avecilla ha muerto. Ayer, desde el fondo de la fosa, cuando llegó hasta nosotros el bordoneo espeluznante de los terrones sobre la fiambre-

ra, sentimos el terror trágico: en plena juventud había caído el príncipe del decadentismo, el príncipe del Renacimiento, gran señor en Londres, asesino en Viena y ladrón en París.

Los amigos del muerto se desparramaron por el cementerio tristemente. Benavente sonreía, que es su manera de llorar. El inteligente Cánovas Cervantes, entusiasta de nuestro malogrado redactor-jefe, lloraba como un becerro. Carrère le hacía guiños á la luna. Ricardo, este mago del movimiento, como Watt, dibujaba con la ceniza de su cigarro sobre el mármol negro de un sepulcro. Francés hablaba mal de Miquis. Yo, solo sobre la lápida, pronuncié un estupendo discurso, interrumpido por los gruñidos lejanos de aprobación del difunto.

Decía así:

Avecilla era un ladrón, como yo.

Hace cinco años cometimos juntos un robo en un hotel, allá en los descampados de Velázquez, Castelló y Príncipe de Vergara. Era entonces Avecilla Presidente de la Federación de Clubs de foot-ball. Estaba arruinado ya. Vagaba por aquellos sitios lúgubres á las nueve de la noche, como un árabe perdido de su caravana hacia la Meca.

Nos reconocimos á la luz de la luna.

—¿Eres tú, Avecilla?

—Yo soy. Desesperado. Tengo una cita galante y me encuentro sin dinero para soportarla. ¿No sé qué hacer?

—¿Tienes alhajas?

—No; solamente esto.

Y se descolgó de la cintura una browning con el culatín de nácar y el cañón damasquinado.

—Véndela—le dije.

—No dan nada.

—Pues vamos á robar con ella.

Repasamos con la mirada las oscuras soladuras buscando un caminante que atracar.

Nada. Las estrellas no alumbraban ni á un solo peregrino.

Allá lejos una lucecilla vacilante nos hacía guiños tentadores.

—Una casa. ¿La asaltamos?

Echamos á andar por los sembrados, destrozando, como salvajes, la sementera. Llegamos al hotelito aislado, y presenciamos una escena que nos impresionó. Un muerto, apostólico, tendido en el ataúd destapado. Alrededor la familia, llorándolo.

Avecilla hizo un d'sparo que se llevó la nariz del cadáver. Inmediatamente encañonó á los circunstantes. Aprovechando el miedo, salté por la ventana baja y me lancé sobre una cómoda.

—¿Qué buscas?—preguntó el difunto.

—Tu testamento ológrafo—le respondí. Estupefacción.

El muerto, incorporándose cortésmente, exclamó:

—Yo soy un piojoso; sin testamento. Sólo deo un reloj de oro, que lo ha cogido aquel caballero, unas botas y un impermeable.

Arramblé con todo. El reloj y el impermeable para Avecilla, y las botas para mí; algo estrechas.

Quedó incommoviblemente sellada nuestra amistad y resuelto el problema de la cita de Avecilla.

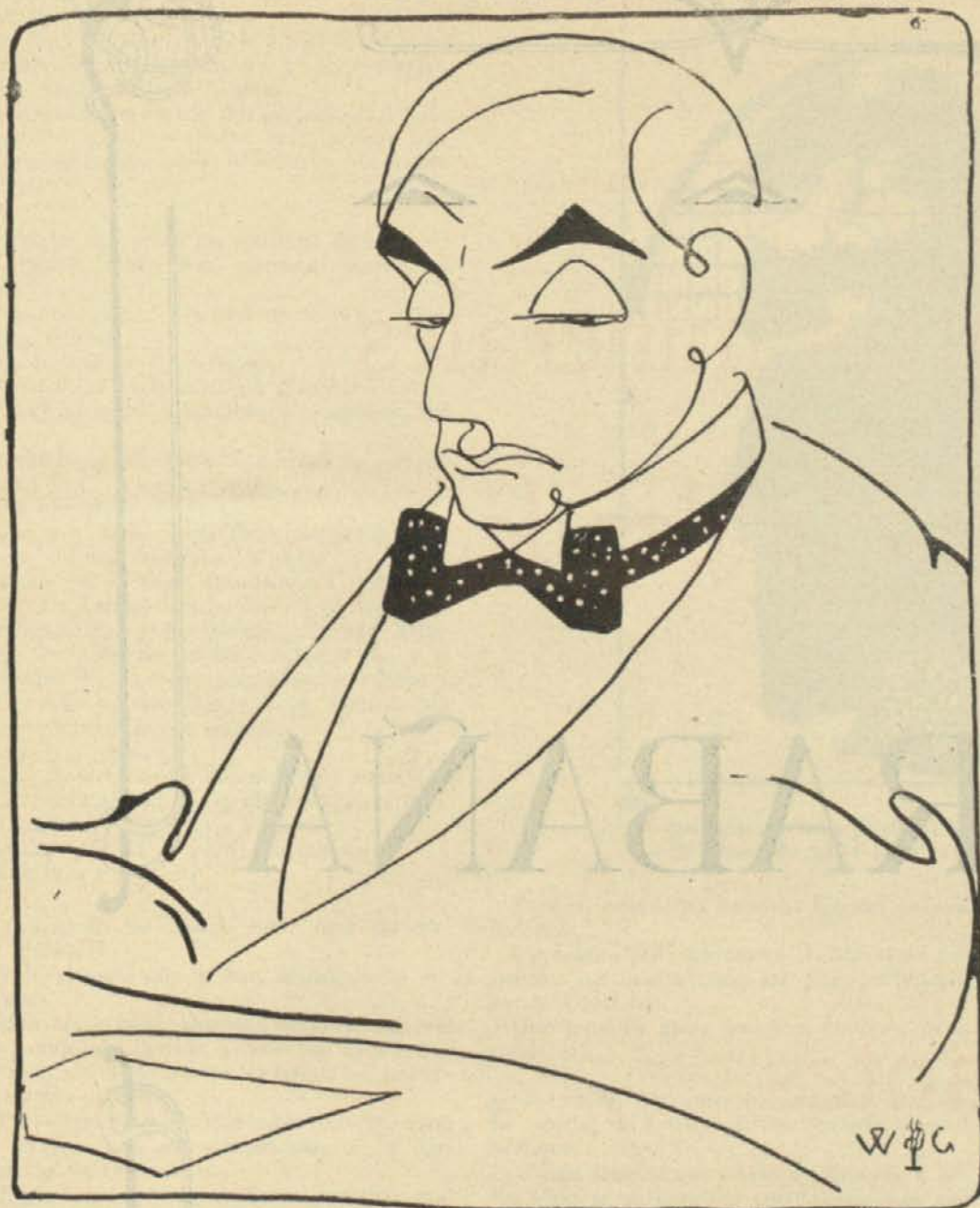
Ahora, mi pobre amigo, yaces en el fondo de la besuguera putrefacto.

¡Adiós! Conservo, como recuerdo, la caricatura suprema de Gullvall y el perfume de tu decadentismo italiano, cínico y sentimental de Pierrot.

Estoy sobre la losa de pizarra del D'Annunzio español.

Como epitafio, una brutalidad y una gentileza.

Un Botón.



Ceterino R. Auecilla. Que ha resucitado para dejar mal al compañero que habla de su muerte.

Los jóvenes y los viejos.

Un joven, en una especie de proclama absurda, nombra despreciativamente á Echegaray.

No tiene usted razón, D. José es un anciano absolutamente respetable. Es que puede estorbarle á alguien que no se muera?

Aquí lo que hay que hacer, distinguido joven, es trabajar; si llega la hora de insultar, razonar los trallazos; no mendigar momios que sirven luego para llenar la andorga á vagos; y sobre todo, elevar la puntería para que no le digan á uno que se venga cobardemente, en cuanto puede, de los malos ratos que en tardes vergonzosas de Universidad le hizo á uno pasar cualquier catedrático mal educado.

Esas son cosas de quincenario.

La juventud tiene deberes morales más altos que cumplir. Tampoco son estas disputas de taberna, las cuales hay la obligación de terminarlás en seguida con un *palaxham*.

Echegaray es un buen hombre que se retiró á su hora por respetos á la juventud que avanzaba penosamente por la carretera arriba. Sólo por eso sería respetable. Pero lo es también por infinidad de méritos que toda España conoce. Echegaray podía tener copados un número incalculable de momios, y no lo

hace, es decir, se los deja á ustedes por si son capaces de conquistarlos.

Si hay un viejo digno, noble, respetable para la juventud, ese es D. José.

El joven que insulta á un viejo es un cobarde. El director de periódico que lo consintiera sería otro.

Yo no puedo sumarme á esa tropa inconsistente que insulta sin razón, por el instinto verduleresco de injuriar á gritos.

El único deber de la juventud es el de ser honrada. De ahí para abajo, le están permitidos todos los errores, porque juventud quiere decir ímpetu, imprudencia, temeridad, ansia del peligro, un poco de locura, pero jamás cálculo para decir infamias ni injusticias.

Quedamos en que D. José Echegaray—de quien no espero ningún favor ni recibí ninguno porque nunca se lo he pedido—es un viejo respetable para la gente honrada de treinta años. Y ojalá viva roventa años más si él lo desea, que á nosotros no nos estorba absolutamente nada; al contrario.

La partida de nacimiento á la vida de la inteligencia de un director de periódico necesita, para ser extendida, un papel de mayor tamaño que un *cupón*. Si cabe en ese papelucho, puede certificarse que el tal director de periódico es un indocumentado.

Es una ley moral que ningún joven debe olvidar.

Es usted joven, está usted empezando su vida de trabajo, y la empieza usted bien.

De repente, la mala educación, un golpe de *genialidad* calculada de un patrono lo pone á usted en el disparadero de interrumpir, por dignidad, temporalmente su vida. Está bien. No olvide usted lo que le han hecho jamás.

Cada día recuerde usted sus deberes. Y á cumplirlos, que la Justicia no ha dejado de acudir á una cita leal jamás.

Una gran hora para la juventud sería aquella en que el maestro Cristóbal de Castro dirigiera un gran periódico español; *Azorin*, Manuel Bueno, Pío Baroja, Antonio Palomero, catedráticos, bien pagados, dieran conferencias populares en las que aprenderíamos grandes cosas; Eugenio Noel, conferenciante también maravilloso; Los Oslé..., en fin. Me molesta soñar por soñar. Pero con voluntad y fe conseguiremos todo lo que necesitamos.

P. J. B.

EX-LIBRIS



Y A no tolerará ninguna Serafina de la calle de Toledo y adyacentes que le canten aquello de:

Serafina
tiene un novio
en el Juzgado de la Latina.

Porque ¡bueno está el tal Juzgado! Ya no tiran los pájaros á las escopetas, sino que se disparan soas las escopetas.

El caso, todavía vivo y coleando, parece un capítulo de novela picaresca.

«A la justicia prenden». ¡Y con liga!

En cuanto vimos que el fiscal encargado de la acusación se llama Langa, pensamos hacer el chiste de que á los gorriones se les caza con liga. Pero no lo hemos hecho.

En cambio nos ha regocijado mucho el espectáculo.

No porque hayamos tenido ningún juicio de faltas en ese juzgado, sino porque resulta divertido eso de que diga un juez:

—¡A ver! ¡Que entre el acusado!

Y entra otro juez.

Es una escena que se le olvidó á Benavente en su famosa diatriba de *Los intereses creados*.

SE ha publicado una Real orden prohibiendo las rifas en concubinato—digámoslo así—con la lotería nacional.

¡Celos del oficio! El Estado se ha cansado ya y dice:

—¡Eh! Señores: que para limpiar los bolsillos me basto y me sobro.

Después de todo tiene razón. Por una sola vez, y con firme propósito de la enmienda, estamos de acuerdo con el Estado.

Porque no hay nada tan absurdo como eso de rifar un quinqué ó unas medias caladas ó

Aguas minerales
naturales de
CARABAÑA

Purgantes,
Depurativas,
Antibiliosas y
Antisépticas.

un San Antonio entallado con el «gordo» de últimos de mes.

Se necesita ser muy tonto para tomar papeletas y que el número donde á uno le tocan un acordeón ú otro instrumento le correspondan á otro varios miles de pesetas.

Y como no hay nada tan perjudicial á toda República como los tontos, será siempre una medida de higiene social el evitarles que hagan tonterías.

USTÉDES NO LEEN á los cronistas de salones? Hacen mal. Son nuestros penúltimos humoristas.

Nosotros nunca dejamos de leerlos, y nos reímos mucho.

Sobre todo á León-Boyd.

León-Boyd ha heredado á Kasabal el puesto, el estilo mago, admirable, y la agudeza del ingenio.

León-Boyd es épico. Sus crónicas son célebres. Tiene aciertos geniales.

Por ejemplo:

Una vez daba cuenta del aniversario de la muerte de una condesita. Y decía:

«Allí—en la casa—saludamos á doña Fulana ó D. Zutano—los padres—á Perenganito, á Perenganita, á Fulanecita, al barón Zutanez... A quien no pudimos saludar fué á la condesita de... porque precisamente íbamos á testimoniar nuestro dolor á su familia por haberse muerto el año pasado.»

Otra vez decía:

«El cronista se ha dejado en el tintero, y ya á sacarla ahora, á la gentil marquesita de... que vestía un níveo traje blanco.»

¡Cómo saldría la gentil marquesita!

«Si non e vero...»

EL Círculo de Bellas Artes está de mudanza.

Y lo primero que se han llevado es la Biblioteca.

Han hecho bien. Después de todo, con leer los periódicos diarios y ver las caricaturas teatrales de cierto colega nocturno, basta para educación artística.

Por cierto que los que están con un alma en un hilo son los concursantes á la Exposición de caricaturas.

Figúrense. En las mudanzas ocurren muchos trastornos. Y se puede dar el caso de que durante el traslado de una casa á otra se les pierda la gracia.

SE habla de los Quintero para un sillón de la Academia.

Pero como los dos no pueden sentarse en un sillón, la Academia admite sólo á Serafin.

Y *España Nueva*, con mucha gracia, dice que ya sabe quién es, entonces, el que escribe las comedias: Joaquín.

Después de todo lo mismo da todo.

Que se siente uno y que el otro quede de pie. Que uno escriba la comedia y el otro las ría. Que uno se emocione con los bombos y el otro se indigne con los paños.

El caso es que sus comedias ya no gustan, que hasta su público—¡el público de los Quintero, señores míos!—empieza á aburrirse.

Y á propósito.

Hablemos de teatros, porque la actualidad teatral no puede ser más propicia á comentarios humorísticos.

Lara va á estrenar una obra francesa—¿cómo no?—titulada *Un negocio de oro*.

No será un título simbólico. Porque el negocio de Lara este año ha sido de calderilla, y gracias.

Le ha faltado todo: actores, obras y autores.

Los chismes ajenos.

Dibujo de Féliz.



—¿De modo que Luisa despidió á la institutriz de los niños?
—Sí; le enseñaba más al padre que á los hijos.

Porque, vamos, no llamarán ustedes actor á Palanca.

Payasada por payasada é inconsciencia artística por inconsciencia artística, preferimos las de Ontiveros.

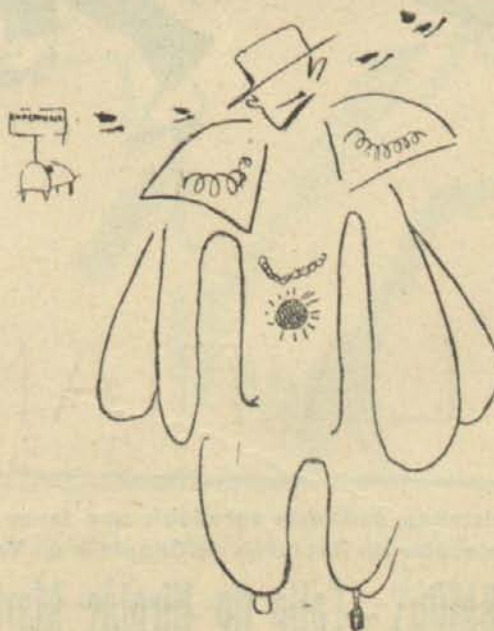
Que también gasta lentes y tampoco tiene gracia.

EN cambio Cervantes ha estrenado una comedia de Linares Rivas titulada *Camino adelante*.

Y este título sí que puede ser simbólico. Sobre todo si se tiene en cuenta que este año han estrenado en Cervantes los autores que antes estrenaban en Lara.

MENOS mal que el año que viene va Peña á Lara.

Y se marcha la Pardo, según dicen, al género chico.



“Chiquito de Begoña”, rey del hule.

El mundo teatral se desquicia. En Lara hay artista de zarzuela y de varietés.

En Eslava dicen que debutarán Nieves Suárez y Santiago. Díaz de Mendoza va á arrendar Apo'o para cultivar el género ínfimo; el teatro Real estará en manos de un ganadero de reses bravas.

¿Qué va á pasar aquí, Dios mío?

¿Hará dramas psicológicos Julia Fons, y se transformará en tonadillera María Guerrero?

Tal como se ponen las cosas ya vemos á Pilar Cohen de profesora de tragedia en el Conservatorio, y á Moncayo de director artístico del Español.

SABE usted lo que pasa en la Princesa?

—¿Por qué?

—Hombre. Porque anunciaron el estreno de *Cuando florezcan los rosales*, y luego lo retrasaron. ¿Qué misterio era éste?

—El misterio del cuarto amarillo, que es la obra de más dinero y de más interés dramático de la temporada.

SE sabe algo del ex rey D. Manuel de Braganza?

Tenemos curiosidad, por ver cómo termina su aventura con la judía.

No es cosa de darle la razón á un conspirador monárquico, que decía la otra noche levemente indignado:

—¿Quién? ¿El rey Manuel? ¡Siempre fué un judío!

Lo del Ateneo sigue sin resolver.

Nosotros proponemos un candidato: Zancadita.

Así como así le van á dejar sin subsecretaría y bueno es que tenga donde pasar el rato y lucir la ropa impecable, correctísima.

Biedma, Fotógrafo

Calle de Alcalá, 23. Hay ascensor.

Fuente inagotable de distracción.



LA PIANOLA

Para alegrar su residencia y á sus amistades, nada más agradable que tener á su disposición este maravilloso instrumento, que permite á todo el mundo ejecutar un Nocturno de Chopin ó un Vals de Berger de una manera artística.

Salón AEOLIAN.---R. CAMPOS.---Calle de Nicolás María Rivero, 11.---MADRID

Audiciones y demostraciones á todas horas. Catálogo ilustrado X se envía gratis á quien lo solicite.